

EL MUNDO EN 1877

1877 no es un año redondo, no es un 1917 o un 1789 o un 1945. No fue un año-gozne. Si hubo un acontecimiento importante este fue sin duda la guerra Ruso-Turca, que tuvo importantes consecuencias en el empeoramiento de la complicada situación de los Balcanes y en la competencia entre las grandes potencias que, en último término, conduciría a la Primera Guerra Mundial. Nos ocuparemos de ello en primer lugar. Pero también nos vamos a fijar en dos importantes jalones en la historia política interna de Francia y Estados Unidos, así como en varios acontecimientos significativos y representativos de lo que podríamos llamar el apogeo del poder de la civilización europea en el mundo.

GUERRA RUSO-TURCA

El acontecimiento más significado de este año 1877 fue la guerra Ruso-Turca, que se inició en abril y que terminaría ya el año siguiente. Este conflicto fue un episodio más tanto en la progresiva descomposición del Imperio Otomano, el ‘hombre enfermo de Europa’, como en la formación del llamado avispero balcánico, donde los conflictos nacionalistas locales y la competencia de las grandes potencias llevarían a Europa, en último término, hasta la Primera Guerra Mundial.

¿Cuáles fueron las causas de la guerra Ruso-Turca de 1877-78? Las dos causas principales tienen que ver completamente con Rusia: resarcirse de la derrota de Crimea y establecer una hegemonía sobre las naciones eslavas y ortodoxas de los Balcanes. A favor de ese designio contaba con los movimientos nacionalistas de los Balcanes (serbios, rumanos y búlgaros), que veían a Rusia como su principal valedora. En contra, a parte de la propia Turquía, el imperio Austro-húngaro, competidor de Rusia en los Balcanes y de Gran Bretaña, temerosa de un fortalecimiento excesivo del gigante ruso. La vez anterior en que Rusia quiso derrotar a Turquía se encontró con la oposición beligerante de Gran Bretaña y Francia. En esta ocasión no fue así, ¿por qué?

La diplomacia rusa esperó al momento oportuno. Aunque la diplomacia francesa y, sobre todo, la británica consideraban vital mantener la integridad del imperio otomano, para las opiniones públicas Turquía era el arquetipo del despotismo oriental. Las tensiones nacionalistas estaban casi

siempre protagonizadas por cristianos. Estas noticias tenían un gran impacto en las opiniones públicas occidentales y, por supuesto, también en Rusia, donde se creó un ambiente de gran hostilidad popular hacia Turquía. Ya en los años sesenta se produjeron levantamientos, sangrientamente aplastados, en el Líbano (cristianos maronitas) y en Creta. En 1875 estalló una revuelta de los serbios de Herzegovina y en abril de 1876 la más importante de todas, la de Bulgaria. Estambul recurrió para reprimir esta revuelta a unas tropas irregulares llamadas *bashi-bazouks* (cabezas dañadas) que cometieron toda clase de atrocidades. En junio Serbia y Montenegro declararon la guerra a Turquía. La guerra fue mal para Serbia y, cuando la derrota parecía ya próxima, Rusia lanzó un ultimátum a Turquía para que declarase una tregua.

Las grandes potencias (Reino Unido, Rusia, Francia, Alemania, Austria-Hungría e Italia) se reunieron en diciembre en Constantinopla y le presentaron un plan por el que se concedería la autonomía a Bulgaria y Bosnia y Herzegovina. Turquía lo rechazó. En enero, Austria y Rusia llegaron a un acuerdo por el cual en caso de guerra de Rusia con Turquía, Rusia podría recuperar el sur de Besarabia (perdido en Crimea) así como ganancias en el Cáucaso; Austria podría ocupar Bosnia y se acordaba la creación de un gran Estado eslavo en los Balcanes. De este modo, con las potencias occidentales enojadas con Turquía y con la benévola neutralidad de Austria, Rusia podía lanzarse a la guerra sin problemas, como efectivamente hizo a partir de abril.

La guerra se prolongaría durante todo el resto del año hasta el 3 de marzo del año siguiente, 1878. Hubo un teatro de operaciones principal en los Balcanes búlgaros y otro secundario en el Cáucaso. Turquía desde el primer momento adoptó una actitud defensiva y la guerra parecía claramente decidida a favor de Rusia, lo que empezó a preocupar a Gran Bretaña, que consiguió que las partes declarasen una tregua el 31 de enero de 1878, pese a lo cual los rusos siguieron avanzando hacia Constantinopla. Solo se detuvieron ante la presencia intimidatoria de una escuadra británica, en Ayastefanos, esto es, San Stefano, donde se celebraría el tratado de paz homónimo.

Los rusos obtuvieron de los turcos la creación de un principado autónomo de Bulgaria mucho más grande que la actual Bulgaria. De hecho, tanto Grecia como Serbia, así como las potencias occidentales consideraron excesivo el territorio atribuido al nuevo Estado autónomo búlgaro. Unos meses después, en el congreso de Berlín se acordó la creación del principado de Bulgaria (vasallo de la Sublime Puerta, independiente *de facto*) y la provincia autónoma de Rumelia Oriental. El resto de Rumelia y Macedonia continuarían bajo soberanía directa de Turquía. En el congreso de Berlín se consagró la total independencia de Rumanía, Serbia (que amplió su territorio) y Montenegro, que hasta entonces habían sido

principados autónomos como el que era a partir de entonces Bulgaria. Finalmente, se acordó la cesión de la administración de Bosnia y Herzegovina a Austria-Hungría y de Chipre a Gran Bretaña. A Rusia se le reconoció la reincorporación de Besarabia meridional y, en el Cáucaso, se formó el *oblast* de Kars con los territorios arrebatados a Turquía (serían devueltos por la URSS en 1921).

El legado de esta guerra es el nacimiento de tres nuevos Estados independientes (ya lo eran *de facto*; la autonomía de la que hablamos no iba más allá de un tributo de vasallaje), modificaciones territoriales significativas como la de Austria en Bosnia o la del Reino Unido en Chipre. El legado más terrible fue, no obstante, como en todas las guerras, sus desastres; no solo las muertes en combate sino las matanzas de civiles, desplazamientos de refugiados, etc. Guerra tras guerra, matanza tras matanza, los Balcanes fueron labrando su trágico destino de odios y de nacionalismos exacerbados.

DOS IMPORTANTES JALONES POLÍTICOS EN FRANCIA Y EN ESTADOS UNIDOS

1877 es el año de la crisis del 16 de mayo en Francia, que consolidó definitivamente a la III República frente al proyecto de restauración monárquica del presidente MacMahon. Desde la guerra Franco-Prusiana y la abdicación de Napoleón III en 1870, la vida política francesa vivía una paradoja: se había constituido en una república, pero estaba dominada sin embargo por políticos monárquicos. Las elecciones de 1871 dieron una mayoría de diputados monárquicos (orleanistas y legitimistas) que en 1873 eligió presidente de la República al mariscal Patrice de Mac-Mahon. En 1875 los republicanos moderados y los monárquicos se pusieron de acuerdo en unas leyes constitucionales que garantizaban una república conservadora. Las elecciones de 1876 dieron sin embargo mayoría de diputados republicanos. La crisis devino cuando MacMahon cesó al presidente del Consejo de Ministros Jules Simon y nombró en su lugar al orleanista duque de Broglie. Con este movimiento MacMahon apostaba claramente por un gobierno presidencial, pero la mayoría republicana de la Cámara le negó la confianza al nuevo primer ministro. Entonces, el presidente disolvió el parlamento (gesto político desusado en Francia), confiando en una victoria electoral monárquica. Los republicanos sin embargo ganaron las elecciones; quedó definitivamente cerrada la posibilidad de una restauración monárquica.

También en Estados Unidos los acontecimientos tendieron a definir por muchos años el orden de cosas dentro de la comunidad política. En este caso, el evento fue el llamado compromiso de 1877. Las elecciones de

1876 entre el republicano Hayes y el demócrata Tilden fueron muy reñidas y veinte votos electorales quedaron irresueltos. La disputa se cerró con un compromiso informal por el cual los veinte votos se atribuyeron al candidato republicano pero las tropas federales debían abandonar los últimos tres estados en los que permanecían como ejército de ocupación: Luisiana, Carolina del Sur y Florida. Los historiadores norteamericanos consideran el compromiso de 1877 como el jalón final del período de Reconstrucción que siguió a la Guerra Civil, el restablecimiento definitivo de la paz dentro de la Unión pero también la vía abierta para las leyes discriminatorias contra los negros en el viejo Sur.

Del resto de los grandes países europeos no hay grandes acontecimientos que señalar. 1877 fue el penúltimo año del pontificado de Pío IX, el tercero de reinado de Alfonso XII en España, con Cánovas del Castillo como presidente del Consejo de Ministros, con el régimen de la Restauración consolidándose y dejando atrás el agitado período del Sexenio Revolucionario; el cuadragésimo año de reinado de Victoria en Gran Bretaña, y el tercero del segundo período del conservador Disraeli en Downing Street, de quien el liberal Macdonald reconocería en 1879 que, con su política de reformas, había hecho más por las clases trabajadoras en cinco años que los liberales en cincuenta. El segundo *Reich* alemán entraba en su sexto año de existencia, con Guillermo I como su emperador y Otto von Bismarck como canciller; era también el sexto año de la *Kulturkampf*, la agresiva política llevada a cabo en Prusia contra la Iglesia católica.

EN EL APOGEO DE LA CIVILIZACIÓN EUROPEA

El primero de los eventos de este año 1877, cronológicamente hablando, pues se produjo el mismo 1 de enero, fue la proclamación de la reina Victoria como emperatriz de la India. Poco después, el 12 de abril, Gran Bretaña se anexionó el Transvaal, aprovechando la debilidad de la república bóer en su guerra contra los zulúes. Esta primera dominación británica no duraría mucho puesto que los afrikáners del Transvaal (o de la República Sudafricana, como oficialmente se denominaba a sí misma) recuperaron su independencia después de la primera guerra anglo-bóer de 1880-81, que conservarían hasta 1902.

Estos dos acontecimientos son jalones no pequeños del gran colonialismo británico del siglo XIX. La proclamación de la reina de Gran Bretaña como emperatriz de la India fue el resultado de la *Royal Titles Act* del año anterior, por la que definitivamente se fijó la relación institucional entre la Corona británica y el Imperio de la India tras la deposición del último emperador mogol en 1857. Hasta ese año, la progresiva dominación británica de los territorios del subcontinente indio la había llevado a cabo la

Compañía de las Indias Orientales, manteniéndose formalmente la soberanía del emperador mogol y de muchos de sus príncipes vasallos. La rebelión de los cipayos puso fin tanto a la administración de la EIC, que fue asumida directamente por el Estado británico, como a la soberanía imperial del *Badishah* (Gran rey o rey de reyes).

Uno y otro acontecimiento nos trasladan a dos escenarios del imperio británico, que todavía sin embargo no había llegado al apogeo de su expansión territorial. Por un lado, a la India, la joya principal de ese imperio colonial, y por otro a Sudáfrica, donde los británicos querían consolidar posiciones (todavía antes del gran troceamiento que seguiría al congreso de Berlín de 1885) y, sobre todo, acceder a la riqueza minera de las repúblicas bóer.

Fijémonos en otros acontecimientos que fácilmente podremos emparentar con los precedentes dentro de una gran tendencia general: la ampliación de los espacios de dominio de las sociedades occidentales blancas e industrializadas a expensas de sociedades tradicionales, o bien la defensa exitosa de las posiciones consolidadas. 1877 fue el año en el que murió Caballo Loco y el año que terminó la gran guerra siux, comenzada el año anterior. Toro Sentado tuvo que huir con sus huestes a Canadá, ante la presión de la caballería estadounidense. 1877 fue el penúltimo año de la guerra de los Diez Años, la primera guerra de independencia cubana, que terminó con el pacto del Zanjón y el completo restablecimiento de la soberanía española sobre la isla. 1877 fue, incluso también, el año de la rebelión Satsuma, la última gran rebelión samurái en Japón, que fue derrotada por tropas imperiales ya equipadas y conformadas al estilo militar europeo.

Europa, y su gran epígono norteamericano, estaban protagonizando la segunda revolución industrial. Ahí residía su fuerza arrolladora frente a las sociedades tradicionales de cualquier parte del mundo. Uno de los aspectos más sobresalientes de esa segunda revolución industrial fue todo lo relacionado con el dominio de la electricidad y su aplicación a diversas tecnologías. 1877 fue el año en que se puso en funcionamiento en Boston las primeras líneas comerciales de teléfono, patentado un año antes por Alexander Graham Bell. Y 1877 fue el año también en el que Thomas Alva Edison inventó el fonógrafo. Con el teléfono se abría una nueva era, de dimensiones insospechadas, en la comunicación humana interpersonal. El fonógrafo representaba el primer jalón en una historia tecnológica de grabación y reproducción del sonido, especialmente del arte del sonido, de la música. Si la historia humana es en buena medida la historia del dominio del hombre sobre la naturaleza, con estas dos hazañas el hombre se aseguraba su dominio sobre el sonido.

También en el campo de la medicina se produjeron avances notables. El profesor de medicina alemán Adolph Kussmaul describió por primera vez

la dislexia, a la que llamó ‘ceguera de palabras’. El cirujano escocés William Macewen practicó los primeros injertos óseos. Y el médico berlinés Maximilian Nitze practicó las primeras citoscopias con instrumentos fabricados por el vienés Josef Leiter. El principal avance en astronomía fue el descubrimiento por parte del estadounidense Asaph Hall de Fobos y Deimos, los dos satélites de Marte. En el campo de la creación artística y literaria, 1877 fue el año en el que vieron la luz dos obras maestras rusas: el ballet *El lago de los cisnes*, de Chaikovski, y la novela *Anna Karenina*, de Tolstoy. 1877 fue el año finalmente de la fundación en Londres del Chelsea Football Club, uno de los más antiguos clubs de fútbol del mundo.

En definitiva, podemos constatar cómo el año del tercer viaje de Peirce a Europa, aunque no tiene reservado un asiento destacado en el olimpo de la cronología, fue testigo de acontecimientos y procesos de hondas consecuencias en el futuro de algunos países y del mundo en su conjunto.